

preferiría algo así como “Hispanic Literature of the Imperial Age” (19). En un momento en que el transatlantismo se ha puesto de moda, este volumen confirma el lugar de John Beverley en la vanguardia de los estudios sobre el barroco desde hace ya tres décadas. *Essays on the Literary Baroque* muestra que los estudios del Siglo de Oro *no* son obsoletos –aunque tal vez haga falta un nuevo nombre para designarlos.

Lisa Voigt

The Ohio State University

**Adriana Rodríguez Pérsico. *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2008, 525 pp.**

¿Cómo se define una época? ¿Qué la determina? ¿Qué rol cumplen los discursos y, en especial, las prácticas literarias en dicha determinación? Estas preguntas recorren de manera preliminar el vasto y minucioso ensayo de Rodríguez Pérsico en su intento de articular una cartografía de la modernidad a partir de las diversas formaciones discursivas que impregnaron los diversos campos del saber en América Latina durante las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX. A lo largo de su estudio, la autora da cuenta de una topografía de lo sensible en torno a los distintos imaginarios que las diversas disciplinas y las artes (medicina, antropología, ciencias naturales, biología, psiquiatría, sociología, literatura, cine, ópera, entre otras) configuraron a partir de una nueva percepción de la vida, de la sociedad y del universo. De allí la importancia asignada en este ensayo a las visualizaciones de nuevos espacios de intercambio social, de experiencias novedosas en las dimensiones privadas y públicas en donde conflu-

yen, se separan o se rechazan ciertas subjetividades. Para lograr dicho objetivo, Rodríguez Pérsico se interna en un corpus extendido de textos de diversa índole genérica y origen nacional (Argentina, Brasil, México, Uruguay, principalmente), buceando tanto en el contexto en que ellos emergen, como en la articulación interna de los mismos. Es decir, observa tanto sus procedimientos literarios como las apropiaciones, resonancias o desvíos de los distintos saberes de la época que ellos expresan.

Construye, además, un riguroso marco teórico para retomar dilemas centrales al debate sobre la modernidad (Anderson, Berman, Habermas, Foucault, Koselleck). Retoma, así, la idea de diversas temporalidades que conviven en la modernidad, cuestión que se traduce en visiones diversas del presente. Al mismo tiempo que existe un sentimiento de euforia frente a un presente en donde las nuevas tecnologías determinan un avance en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas, existe también una cierta desorientación o malestar frente a los procesos de racionalización de la vida social y del universo estético. Además, la experiencia de vivir en dos universos al mismo tiempo, plantea la autora retomando el pensamiento de Marshall Berman, conforma el núcleo complejo del cual nacen ciertos discursos. La modernidad resulta así, según plantea Habermas, un movimiento autorreflexivo que piensa sus propias condiciones de existencia, al mismo tiempo que señala sus aporías: la autonomía de las ciencias, la moral y el arte. La pregunta por el sentido del presente adquirirá, entonces, un relevancia central no sólo en el discurso filosófico sino también en el literario, ya que la literatura, dice Rodríguez Pérsico, “es una práctica significativa que analiza el presente extendiendo lazos hacia el pasado y

el futuro" (15). La sensación de estar inmerso en un tiempo de cambio y de ruptura llevarán, a su vez, a que los relatos de la modernidad tejan un sentido de totalidad. En este sentido, la literatura "autoconcebida como sistema simbólico central busca imprimir su lógica a otras esferas" interviniendo en otros discursos o apropiándose de ellos (29). *Relatos de época* analiza la conformación y circulación de ciertos imaginarios sociales de la modernidad a partir de distintas figuras textuales de autor (artista decadente, escritor profeta, nuevo escritor profesional), de mujer (la nueva mujer, la *femme fatale*), y de sujetos estigmatizados por las nuevas ciencias (la psiquiatría y la biología, principalmente). La dimensión colectiva (multitud, pueblo) ingresa también de manera problemática en ciertos imaginarios, en tensión permanente con los diversos proyectos de nación o la imaginada entidad latinoamericana.

Por otro lado, estas textualidades ponen de relieve que la mirada es el régimen sensible preponderante de la modernidad. Tanto los relatos de viaje, como el género policial, las crónicas, las fisiologías, los tratados de criminología y de psiquiatría se construyen a partir de una mirada que escudriña e investiga. Para Rodríguez Pérsico, la mirada médica atraviesa otros discursos como una suerte de reivindicación del paradigma científico (Ramos Mejía) o como una crítica radical al mismo (Machado de Assis). Pero, lo interesante aquí es ver cómo en *Relatos de época* se pone a funcionar una máquina de lectura que mientras indaga en los saberes racionales de la modernidad, pone en evidencia las tensiones internas a dichos discursos. Dice Rodríguez Pérsico que, al mismo tiempo que las Ciencias Naturales se vuelven un saber predominante que tiñe otras disciplinas, aparece también lo monstruoso co-

mo aquello que continúa o se desvía de la evolución animal. La literatura, entonces, se convierte en "territorio de la teratología" (35), un espacio explicativo vacío que tiene en el centro la aparición de la anormalidad (*La neurosis de los hombres célebres* o *La locura en la historia* de Ramos Mejía). De modo que "la cuestión de la alteridad" se convierte en una "marca de la época" (35). A partir de estos planteamientos, se vuelven a leer textos canónicos y se introducen otros no tan consagrados, iluminados desde la perspectiva particular de las formaciones discursivas, sus condiciones de posibilidad, sus horizontes de expectativas, paradojas y límites cognoscitivos. Así, la reacción que, frente a ciertos aspectos del mercado (surgimiento de la literatura comercial, profesionalización del escritor), expresan de modos diversos Rubén Darío y José Martí, no impide que acepten la creación de un espacio nuevo a partir del cual es posible la emergencia una "enunciación" profundamente novedosa. La crítica a la modernidad se asentará, a veces, en modelos anacrónicos (Darío), en utopías raciales y espirituales (Rodó, Martí) o en visiones escépticas (Asunción Silva, *De sobremesa*) pero que coinciden en una concepción de época caracterizada por la diferencia, el corte, y el surgimiento de algo diferente ya sea a nivel de las ideas, de las subjetividades que irrumpen en nuevos escenarios o de un lenguaje estetizado o en armonía con el vocabulario científicista del momento. De este modo, la existencia de una nueva sensibilidad supone en Darío la apertura a otras culturas y a un trabajo de estilización sobre el lenguaje, "a un uso excéntrico del lenguaje" que huye de las convenciones (83). En oposición a esta propuesta, Gálvez señala el fin del modelo modernista y el nacimiento del realismo como un arte más vigoroso. De modo distinto, escritores

como Holmberg condensan la dimensión científica y la literaria a partir de escrituras híbridas que trabajan tópicos de la modernidad (52).

Estas nuevas sensibilidades encarnarán, entonces, en diferentes autores que, ya decíamos anteriormente, configuran diferentes figuras de escritor. Rodríguez Pérsico plantea que la imagen del “escritor profeta” ayuda a la creación de un mito moderno, es decir, el escritor se transforma en un agente mediador que interpreta determinado sentido comunitario y otorga una identidad nacional o latinoamericana a un grupo, en un contexto amenazado por el desorden político y la irrupción de las masas. De alguna forma, el “escritor profeta” tiene a cargo los destinos de la comunidad, mientras interviene en el devenir de la historia perfeccionándola. Rodríguez Pérsico percibe esta nueva configuración autoral como el resultado de las lecturas que los escritores latinoamericanos realizaron de los textos de Nietzsche. En esos textos, dice la autora de *Relatos*, encontraron “un modo particular de enunciación”, convirtiéndose en una suerte de traductores de las nuevas experiencias culturales, “modernos en sus enunciadas, arcaicos en la forma de enunciación” (129). Esta función mediadora la ejercitaron: Rodó (*Ariel*), Darío (“Canto a la Argentina”), Martí (“Nuestra América”), Lugones (*La guerra gaucha* y *El payador*), como así también Graça Aranha, J.V. González y Silva, entre otros. Finalmente, el rol profético que encarnan estos escritores “anticipa al escritor americanista o nacionalista” (157).

Tal figura profética se encuentra anclada a relatos cuya idea de comunidad supone un proyecto acerca de la nación. En este caso, la literatura es el espacio en donde se rearmen los debates en torno a los diferentes proyectos nacionales. Pero la literatura no sólo reproduce una si-

tuación discursiva, postula Rodríguez Pérsico, sino que la produce, determina un campo de debate interpelando los discursos e introduciendo sus propios relatos: historias fundacionales, narrativas sobre los orígenes de la comunidad, creación de linajes y tradiciones, etc. La literatura, en tanto “organizador sintáctico de fragmentos” (159), actúa como una poderosa práctica de cohesión social ya que, al mismo tiempo que pone a funcionar un determinado imaginario sobre un supuesto pasado idealizado en común, posibilita el hilvanado de una trayectoria hacia un futuro promisorio. Para Rodríguez Pérsico, estos núcleos teológicos y teleológicos “operan como una matriz significante” que ayudan en el armado de los símbolos de identidad. De modo que la nacionalidad y el nacionalismo son “artefactos culturales” (B. Anderson) más que meras construcciones ideológicas; una suerte de “sistema de significación cultural” (Bhabha) que actúan especialmente sobre la literatura y la lengua nacional. Vemos aquí como la figura del escritor profeta se transforma en la del “escritor nacional” puesto que ahora se trata de la fundación del propio linaje de los escritores. Para ello, J.V. González, Lugones y Rojas realizan diversas operaciones de lecturas sobre los textos de Sarmiento, que los ayudará, a su vez, a deslindar diferentes interpretaciones sobre el presente. El mismo será percibido como decadente por Gálvez y Lugones, mientras Rojas plantea la posibilidad de una síntesis social en la que se incluyan a los inmigrantes (175). En un análisis cuidadoso, Rodríguez Pérsico deslinda aquí los reversos de la escrituras en torno a la idea de lo nacional (Lugones, J.V. González), las continuidades (Rodó, Bunge) y las diferencias en torno a la cuestión racial (Ricardo Rojas, Silvio Romero, Paulo Prado, Lima Barreto, José Vasconcelos).

Por otro lado, la alteridad, que aparece insistentemente atada a la cuestión nacional, supone también la dimensión espacial como un problema a resolver porque, en definitiva, ¿cuál es el lugar imaginado en donde la síntesis o el mestizaje pueda llevarse adelante como proyecto utópico? Algunos de los textos analizados dramatizan dicha cuestión de manera original, como *La raza cósmica* de Vasconcelos, entre otros, en donde se “apela a la moderna antropología como a las viejas leyendas” (204). Otros, en cambio, realizan una crítica vehemente a las ideas nacionalistas señalando las aristas peligrosas de dicha ideología (*Triste fin de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto) o poniendo de relieve los problemas raciales, culturales y sociales en Argentina a fines del siglo XIX (*Libro extraño* de Sicardi). Algunos de estos textos enfatizan el rol fundamental de los intelectuales y del arte en la integración nacional, a partir de la formulación de “una síntesis comprensiva y abarcadora de las aspiraciones colectivas” (227).

En Argentina, la cuestión de la alteridad en los textos literarios y científicos aparece determinada por el discurso proveniente del positivismo biologista. Este saber impregna las visualizaciones sobre la otreidad armando imágenes sobre la enfermedad, el crimen, las desviaciones sexuales, el contagio o la epidemia (Ramos Mejía). Señala aquí Rodríguez Pérsico cómo estos textos traman “modos de gobernabilidad” (239) sobre la población. Una suerte de biopolítica, podríamos decir, que imagina modos de control sobre los cuerpos en donde la medicina juega un rol fundamental y que lleva a algunos autores a “abusar de las analogías” entre la biología evolucionista y la psicología moderna (*La neurosis de los hombres célebres* de Ramos Mejía). Por otro lado, la ciencia se convierte en una suerte de

credo en el que confluyen concepciones arcaicas del mundo dando origen a una visión “evolucionista antroposófica” en “La última guerra” de Amado Nervo.

Rodríguez Pérsico, siguiendo conceptos de Carlo Ginzburg, plantea que el “paradigma de inferencias indiciales”, en palabras del filósofo italiano, recorre y determina diversos paradigmas: medicina, género policial, psicoanálisis. En todas estas prácticas se lee a través del síntoma o la huella. Frente a esta práctica minuciosa que tiene en cuenta el detalle, se desarrollan las ciencias duras basadas en la investigación directa y en la repetición de los fenómenos observados. Sin embargo, si las primeras se caracterizan por su pasión por el enigma (la enfermedad, el delito, la simulación, el engaño), las segundas buscan desnudadamente el desentramado de las manifestaciones vitales y el encuentro con los orígenes (las protoformas –*Urformen*). “¿Qué tienen en común el escritor, el médico, el naturalista y el paleontólogo?”, pregunta Rodríguez Pérsico. En una sociedad “fragmentada”, responde, en donde impera la confusión y el trastocamiento de las subjetividades y de las identidades, se desarrolla un afán clasificatorio como forma de control poblacional configurando modelos cognitivos de aprehensión social (278). Una serie de textos analizados en profundidad por la autora ponen en escena dichas cuestiones en donde la ciencia aparece como otro de los mitos de la modernidad (*Los simuladores de talento*, de Ramos Mejía, *La simulación de la locura* de José Ingenieros, entre otros). La literatura se convierte, así, en un reservorio de casos a los que puede recurrir para desarrollar teorías o probar taxonomías de las enfermedades (*El hombre mediocre* de Ingenieros). Esta exuberancia positivista extendida a la producción de diversas tex-

tualidades producirá una reacción en el campo de la literatura y de las creencias. Frente a este positivismo exacerbado que se obsesiona por las identidades emergen fantasías arcanas, escenas fantasmáticas que apuntan a la alteridad del propio sujeto, a un *involucionismo* reprimido. El otro (en tanto doble del sujeto) es aquello reprimido que retorna siempre en los relatos sobre monos de Lugones (“Un fenómeno inexplicable”) y Quiroga (“El mono que aseñó”, “Historia de Estilicón”). En pugna con el materialismo de las ciencias positivas, algunos escritores transitan por la esfera de la masonería, las creencias anarquistas, la teosofía y el espiritismo impregnando de dichos saberes sus propios discursos.

En definitiva, lo que se expresa a partir de estos textos, y de otros de carácter naturalista (Cambaceres), es el debate ético más amplio sobre la intervención humana en el devenir de la naturaleza. El dilema aquí señalado por la autora de *Relatos* retoma la problemática inaugurada por Mary Shelly a partir de su *Frankenstein* y que continúa en la actualidad en torno a los cuestionamientos sobre el desarrollo de la biotecnología. Por un lado, los relatos enmarcados en ciertos saberes bajos o alternativos a la ciencia ponen de relieve el regreso permanente de una cierta memoria atávica atrapada en figuraciones monstruosas de lo humano que retorna en la literatura y el arte, ya sea en cosmovisiones primitivas de lo humano o en imaginarios futuristas tejidos por la ficción científica o la ciencia ficción (androides, robots, autómatas, vampiros modernos, protagonistas privilegiados de cierta vertiente cinematográfica). Por el otro, dichos relatos plantean qué hacer frente a la degeneración o la herencia familiar y social (un debate nada menor si se piensa en las consecuencias políticas de dicho planteamiento en Europa durante la pri-

mera mitad del siglo XX). Muchas de las aventuras tecnológicas que se plantean en el terreno de la ficción concluyen, finalmente, en el crimen lo cual lleva, otra vez, a la pregunta por los límites de la práctica científica (353).

Hacia el final del ensayo, Rodríguez Pérsico introduce una dimensión sugestiva de la subjetividad, el deseo, como otro aspecto que aparece de manera nada tangencial en los relatos de época. Los debates sobre los proyectos modernos de nación diagnostican enfermedades, crean tipos, separan individuos, con el objetivo de crear programas de inclusión o exclusión social; de allí que el exceso amoroso constituirá tanto un síntoma temido como una forma de resistencia a las legalidades vigentes. Como lo hace a lo largo de todo su estudio, Rodríguez Pérsico, repone también aquí bibliografía específica sobre el tema, citando, entre otros textos, diversos tratados de amor publicados a fines del siglo XIX, pero también lecturas actuales que apuntan a resaltar el carácter político de ciertos textos o tópicos ligados a la pulsión sexual o amorosa (lecturas que vuelven sobre el *Drácula* de Bram Stoker). Por otro lado, los textos de amor se expresan en discursividades diversas cuyos procedimientos se encuentran fuertemente codificados. La estructura de sentimiento, dice Rodríguez Pérsico siguiendo las ideas desarrolladas por Beatriz Sarlo en *El imperio de los sentimientos*, es una “matriz significativa” que da lugar a distintos géneros: melodrama, novela realista, ensayos, ópera, cine, etc. Pero, ¿cuál es la politicidad de estos discursos? ¿Qué es lo que pone a circular el deseo? En primer lugar, Rodríguez Pérsico plantea la emergencia del horror que expresan o producen dichos textos al explorar zonas vedadas de los cuerpos, cuestión que produce la confrontación o

el estallido del universo axiológico. Pero además, la amenaza se transforma en catástrofe cuando el deseo amoroso confluye con el saber científico. Otra vez se asiste a escenas del retorno de lo reprimido cuya condensación simbólica aparece en imágenes de canibalismo o necrofilia de herencia gótica. Aquí nuevamente aparece también el dilema en torno a los límites de la ciencia y la tecnología que actúan al servicio de *fuerzas extrañas*. En segundo lugar, ciertas anomalías, que generalmente encarnan en personajes femeninos, aparecen como perversiones que trastocan el universo natural (*La maestra normal* y *Nacha Regules* de Gálvez, *Santa* de Federico Gamboa, o la galería de mujeres construida por Ramón Carrillo en *Almas y cerebros* y *El libro de las mujeres*). Aquí, Rodríguez Pérsico subraya, citando a Foucault, que la condición de monstruo (personas cuyos delitos hayan atentado contra la naturaleza y no contra la sociedad, madres que maten a sus hijos, por ejemplo) se adquirirá por estatuto jurídico a partir de comienzos del siglo XIX cuando la psiquiatría actúe en el campo penal (470). Al mismo tiempo, en el caso argentino, textos como los de Gálvez presentan rasgos *anormales* en el personaje de la maestra *normal* como una crítica a la educación pública. La fuerza aplanadora de la educación estatal se encuentra además encarnada en figuras sospechosas por su cultura no clásica y rasgos autoritarios. En definitiva, la maestra como monstruo que ejerce un poder homogeneizador es “víctima de la sociedad y de la herencia” (454).

En la galería de mujeres de Gómez Carrillo, la mujer intelectual aparece como el otro polo de la mujer pasional. Pero también ella es vista como un monstruo ya que, como su opuesta, escapa del universo natural al renunciar a la dimensión de lo sensible. La escasez o exuberan-

cia del deseo se presentan, entonces, como claras anomalías femeninas. Cuestión que será explotada de manera radical por Delmira Agustini, poeta con la que concluye *Relatos*. Dice Rodríguez Pérsico: “Esta es el fundamento de la estrategia poética: manipular la retórica modernista hasta el exhibicionismo y torcerla introduciendo elementos bajos (buitres, arañas, gusanos, fluidos corporales) que la distancien de los maestros” (489).

Como vimos, *Relatos de época* nos plantea un vasto recorrido por la cultura de las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX que supone una suerte de pacto de lectura: transitar por estas páginas como un paseante que se entrega a la observación, tanto de escenas urbanas que diseñan un recorrido no tan visible de la ciudad (zonas de fracturas, pasajes o hiatos), como los interiores o secretos de subjetividades de origen social heterogéneo (espíar intimidades y secretos, indagar en las máscaras y la simulación). Para ello, Rodríguez Pérsico nos da una mano generosa al reponer debates, posiciones y textos. Organiza un entramado que tiene como ejes distintos imaginarios sobre la comunidad y la subjetividad, y el vínculo poderoso entre la ciencia y la literatura. Entregarse a este recorrido supone, además, un esfuerzo por transitar por diferentes discursos o textualidades teniendo al mismo tiempo presente que esta cartografía da cuenta de aquello llamado *modernidad* en tanto entramado o dispositivo cultural. Se trata de habitar, por medio de la lectura, un suelo, una *epíste* cuya configuración es múltiple, contradictoria, pero especialmente prolífica, como condición de posibilidad de los discursos. También podría decirse que este libro ha hecho posible la configuración de un mundo, casi como el gesto de un novelista clásico; es decir, ha re-

construido pacientemente un mundo (un estado de cosas discordantes, complejas, poderosas simbólicamente) y nos ha tendido una mano para habitarlo.

Isabel Quintana  
UBA-CONICET

**Pablo Brescia y Evelia Romano, editores. *El ojo en el caleidoscopio: las colecciones de textos integrados en la literatura latinoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, 557 pp.**

En este libro colectivo, fabricado con los trabajos de dieciocho investigadores, Pablo Brescia y Evelia Romano nos entregan una serie de estrategias y propuestas para leer textos enlazados. Tomando en cuenta el aporte anglosajón sobre los “ciclos cuentísticos” o las “obras compuestas” –desde Forrest Ingram (1971), Susan Garland Mann (1989) y Robert Luscher (1989), hasta J. Gerald Kennedy (1988), Maggie Dunn y Ann Morris (1995) y Rolf Lundén (1999)–, los autores de este volumen abordan un género poco estudiado en las letras latinoamericanas, realizan lecturas innovadoras sobre aquellas colecciones que presentan diversos niveles de integración, y descubren relaciones sugerentes entre continuidad y fragmentación, entre las historias individuales y el conjunto, o entre la autosuficiencia e interdependencia de cada narración enlazada. Se dice fácil, pero éste es el primer libro de crítica hispánica que traza el fenómeno de los textos integrados sobre un plano panlatinoamericano.

Luego de una sustanciosa introducción, donde los editores exponen los ejes críticos del estudio con un sólido marco teórico, la sección ini-

cial incluye los primeros tratados sistemáticos sobre las colecciones de piezas integradas en Latinoamérica, realizados por Enrique Anderson Imbert (1979) y Gabriela Mora (1985, 1993). Lo importante de este apartado es que nos lleva de la clasificación de los cuentos *compuestos*, *arreglados* o *completados* a la exposición de diversos paradigmas que aparecen constantemente en las colecciones cuentísticas, como la repetición de motivos, símbolos, temas, tipos de narrador, escenarios comunes y la aparición de los mismos personajes en varios relatos. Aunque la presencia de estas tendencias no explica la concepción de una obra ni mucho menos sus motivos conscientes o inconscientes, su desarrollo creativo nos invita a producir nuevas expectativas durante la lectura, diferentes de aquéllas que tenemos, por ejemplo, al leer una novela, un cuento o un poema.

En esta apertura teórica también contribuyen trabajos Laura Pollastri y Lauro Zavala con respecto a la fragmentariedad e intertextualidad, la relación entre autoría y lector, la serialización y el uso de la minificción o el microrrelato que caracteriza a muchos de estos textos. Una vez establecidas estas bases, en la segunda sección realizamos un viaje historiográfico y comparativo por las sendas de distintas obras y autores que se relacionan entre sí, tanto en México (Luis Leal, Russell M. Cluff) como en Panamá (Seymour Menton), desde finales del siglo XIX hasta la época contemporánea. Más allá de mostrar una sostenida tradición con respecto a los cuentos integrados –dentro de los cuales cabrían textos tan distintos como *La Malhora* (1923) de Mariano Azuela o *Cartucho* (1931) de Nellie Campobello–, los estudios que conforman esta sección apuntan el valor individual de las piezas de una colección que, sin embargo, adquieren